

*Chenohgimá xiri ka tamugni*  
para que vayamos con flechas á pelear al monte.

*Aaachiguata heniníg maamehé*  
Las mujeres y nosotros gritando de gusto,

*baah ka Peyot hemegtuché*  
beberemos pevote y nos dormiremos.

FIN DEL CUADRO DESCRIPTIVO Y COMPARATIVO DE LAS  
LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO.

## LINGÜÍSTICA.

---

DISCURSOS Y DISERTACIONES.

## IMPORTANCIA DE LA LINGÜÍSTICA.

DISCURSO LEÍDO

POR EL SR. D. FRANCISCO PIMENTEL AL TOMAR ASIENTO POR PRIMERA VEZ  
EN LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA  
EL 22 DE AGOSTO DE 1861.

Señores:

Apenas tuvo conocimiento esta Sociedad de que me ocupaba en escribir una obra sobre las lenguas indígenas de México, cuando esto fué bastante para que me considerase digno de recibirme en su seno, prueba inequívoca del aprecio con que ve toda clase de trabajos científicos, y de que quiere alentar á sus autores honrándolos por todos los medios que están á su alcance.

Por mi parte, no encuentro mejor medio de manifestarle mi gratitud á la Sociedad, que dedicarle mi referida obra, cuya oferta espero aceptará bondadosamente.

Cuál sea la utilidad que pueda resultar á la ciencia del trabajo que he emprendido, no debo esforzarme en demostrarlo á personas tan ilustradas como las que me escuchan, pues ellas conocen las aplicaciones que tiene la lingüística á la filosofía, la historia, la geografía, la literatura, y aun á la zoología y la botánica.

Empero, recordando las palabras del orador romano: *ament meminisse perite*, creo que me es permitido hacer algunas reflexiones siquiera sobre el provecho que una de las ciencias citadas, la historia, puede sacar de la filología.

Efectivamente, la historia por sí sola nada nos descubre acerca del origen de las naciones, muy poco nos enseña sobre la mezcla y confusión de las razas, casi nada nos dice

de las emigraciones de los pueblos, mientras todo esto lo explica admirablemente el análisis y la investigación del filólogo.

Comparando unas lenguas con otras, se averigua el parentesco de los pueblos más distantes, de los más opuestos en costumbres y civilización. ¿Quién si no la lingüística ha demostrado la comunidad de origen entre los ilustrados habitantes de Europa y los desgraciados hijos de la India Oriental? ¿Quién si no la filología pudo sospechar que eran pueblos hermanos los que hablan idiomas al parecer tan diferentes como el alemán y el griego?

Por el contrario, á la vez que la lingüística nos descubre cuáles son las naciones de un mismo origen que hoy se encuentran separadas, nos enseña cuáles son los pueblos, diversos en un principio, que después se han reunido. Por ejemplo: los Vogais con facciones casi mongólicas, hablan la lengua de los bellos turcos osmanlis, y los kirghis que parecen de cierta familia asiática, usan un dialecto turco que no corresponde á su físico.

Pero no sólo esto, como he indicado antes, enseña la filología á la historia, sino que aun le señala el itinerario que han seguido los pueblos en sus emigraciones. Hagamos, para convencernos una aplicación en nuestro propio suelo, en México: una oscura tradición, algunas ruinas desparramadas, nos dicen que los antiguos mexicanos vinieron del Norte; otra tradición más confusa, todavía, nos recuerda que los antiguos Toltecas perecieron en su mayor parte, y que el resto de la nación emigró por diversos rumbos. Pues bien; el estudio de las lenguas que se hablan al Norte de México, indica el camino que trajeron los mexicanos, pues ellas están llenas de palabras aztecas; y con la misma claridad, el conocimiento de los nombres de lugares, aun más allá de Guatemala, nos demuestra que esa fué la ruta que al dispersarse, formó una parte de la nación tolteca.

Sin embargo, la aplicación de la filología á la historia no es tan sencilla como parece de lo que he dicho hasta aquí. El lingüista puede extraviarse, puede llevar sus deducciones hasta más allá de lo debido, si no tiene presentes dos importantes observaciones. La primera, que la diferencia de lenguas lo que indica es que dos pueblos se dividieron pa-

ra formar naciones diferentes, desde una época remotísima; mas no desde el primer momento de su existencia material. La segunda, que la igualdad de idiomas prueba, conforme al orden natural de las cosas, igualdad de raza ó de familia; pero que esta regla general puede tener algunas excepciones á causa de acontecimientos extraordinarios.

Pruébase lo primero de dos modos diferentes, pero conformes en resultado, según las creencias religiosas del que discurre.

Para los que creen en la divinidad del Génesis, la diferencia de lenguas es tan antigua que data desde la confusión que hubo en Babel, donde los hombres, aunque todos de una sola raza, se dividieron en naciones según sus lenguas.

Para los que necesitan como base de sus conclusiones algo más que la fe, debe bastar este hecho, á saber: que no obstante la diversidad de lenguas en dos pueblos, la filología suele encontrar que son de una misma raza.

En este caso, y por medios puramente científicos, ¿cómo explicar que unos mismos hombres, como por ejemplo, los semitas ó indo-europeos, hablen lenguas tan diferentes? Sólo por medio de hipótesis puede contestarse esta pregunta: ó suponemos que dos pueblos estuvieron sin lenguaje antes de separarse, ó que, aunque tuvieron un mismo idioma, era imperfectísimo, estaba en embrión cuando se dividieron, y hasta después fué cuando le fijaron de una manera definitiva, resultando diferencias por circunstancias locales y accidentales. La primera hipótesis, el *mutun et turpe pecus* de los antiguos, es hoy inadmisibile. Los que toman la Biblia como base de su opinión, no pueden dudar que el lenguaje dejase de existir desde el momento de creado el hombre, porque como dice un historiador moderno: «Si consulto la Sagrada Escritura, me enseña que la «palabra existía desde el principio, y que la palabra era «Dios: Dios habló al hombre, y por su mandato el hombre «puso nombre á todas las cosas. Además, ¿no creó Dios «por ventura al hombre perfecto? ¿Y cómo lo hubiera sido «careciendo de la palabra, instrumento por el cual es racional?» Pero aun los mejores filólogos modernos que piensan

con entera independencia de la Escritura, un Humboldt, un Schlegel, un Renán y otros, no admiten un período de madurez en el hombre. «La palabra, según mi entera convicción, dice el primero de esos autores, debe considerarse realmente como *inherente* al hombre.» «Es un delirio, dice Renán, imaginar un primer estado en que el hombre no habló seguido de otro en que conquistó el uso de la palabra.»

No queda, pues, más que la segunda hipótesis para conciliar la aparente contradicción entre la filología y la fisiología, y es la única admisible. «Vemos á veces, dice Renán, en el prefacio á su *Origen del lenguaje*, grandes familias humanas hablar idiomas enteramente diferentes, aunque no se nota entre ellas fisiológicamente ninguna diferencia fundamental. Así la antropología no hubiera llegado á la distinción de los pueblos indo-europeos y de los semíticos, si el estudio de las lenguas no hubiera demostrado que el hebreo, el siríaco y el árabe por una parte, el sanscrito, el griego, las lenguas germánicas, etc.; por otra, forman dos reuniones irreducibles. La hipótesis más natural que se presenta para explicar tal fenómeno, es suponer que una raza única, salida de una misma cuna, se ha dividido en dos ramas antes de poseer un lenguaje *definitivo*. Lo que parece confirmar esta hipótesis es, que los dos sistemas de lenguas de que hablamos, aunque absolutamente distintos, no dejan de ofrecer cierto aire de familia, como dos gemelos que habiendo crecido á poca distancia uno de otro, se hubieran separado después absolutamente hacia la edad de cuatro ó cinco años. El lenguaje aparece de este modo como un segundo momento en la existencia de la humanidad, y se ve uno obligado, á su pesar, á admitir un período en que los semitas y los Arias vivían juntos sin lenguaje regular, ó á lo más, con el germen rudimental de lo que ha venido á ser más tarde el sistema indo-europeo y el sistema semítico.»

Sin embargo, esta hipótesis parece no confirmarse por la historia de las lenguas, pues lo que ella enseña es, que cada familia ha seguido un curso constante, que los idiomas tienden á conservarse inalterables, y á no sufrir transformaciones. El chino lleva cuatro mil años de ser una lengua

monosilábica y sin flexiones, el sanscrito y sus sucesores, han sido siempre respectivamente sintéticos; el vascuense, rodeado de lenguas extrañas, es lo mismo que el primer día; las lenguas semíticas vivieron siempre rodeadas de otras á las que nunca pudieron robar el tiempo presente y las conjugaciones, que tanta falta les hacen; el othomí, en México, al lado de las lenguas polisintéticas y con gramática, nunca ha pasado de monosilábico, ni ha podido establecer bien sus categorías gramaticales; el mexicano, junto al tarasco, no ha podido pedirle prestado el infinitivo, tan útil en la oración. Esto no quiere decir que las lenguas no pueden perder algo, perfeccionarse ó corromperse: lo que se nota es que en su esencia, en su sistema característico, quedan inalterables. Una revolución, un trastorno, una conquista, pueden modificar una lengua; pero entonces sucede una de dos cosas: la menos perfecta desaparece, para dejar su lugar á la mejor, ó resulta una nueva lengua, una mezcla que participa del genio de sus madres, como el español, francés é italiano, por una parte, y el inglés por otra.

Pero aun cuando de esa clase de trastornos resultasen algunas excepciones, no lo serían con propiedad, si se considerara que la ciencia no puede guiarse sino por acontecimientos naturales, que debe distinguir entre la fuerza y la libertad. ¿Qué se diría del geólogo que, para describir las capas del globo, se guiara por lo que observaba en un terreno trastornado por un acontecimiento particular? «Yo no respondo de los acontecimientos ocasionados por la fuerza, dice Du Ponceau, yo creo poder asegurar solamente que las lenguas abandonadas á sí mismas, tienen una tendencia manifiesta á conservar su estructura y sus formas originales.»

«Al paso que vemos cómo se perfeccionan en la marcha progresiva de la sociedad todas las artes, dice Cantú, no han hecho las lenguas ningún adelanto desde que nos son conocidas; no existe ni una sola que haya atadido ningún elemento esencial á los que antes poseía.»

El Sr. Wisseman observa que: «En cualquiera época que tomemos una lengua, la hablamos completa en sus cali-

«dades esenciales y características, puede perfeccionarse  
«más, hacerse más rica y de una construcción más variada;  
«pero sus propiedades distintivas, su principio vital, su al-  
«ma si puedo llamarlo así, parece formada enteramente, y  
«no puede ya variar. Si ocurre una alteración es solamente  
«por el nacimiento de una nueva lengua, que sale como el  
«Fénix de las cenizas de otra; y aun cuando ocurra esta su-  
«cesión, del italiano al latín, y del inglés al anglo-sajón, la  
«cubre un velo misterioso: parece que este dialecto se en-  
«suelta como el gusano de seda para pasar al estado de cri-  
«sálida, y no le vemos sino cuando sale unas veces más,  
«otras menos hermoso; pero siempre completamente orga-  
«nizado y desde luego inimitable. Y aun mirándole de cerca  
«veremos que este primer ser contenía ya dentro de sí pre-  
«paradas las partes y los órganos que debían algún día dar  
«la forma y la vida al estado que había de suceder.»

¿Cómo conciliar, pues, todo esto, con la hipótesis que he-  
mos considerado admirable? Creo que de esta manera. La  
historia de las lenguas nos es conocida desde hace mucho  
tiempo, es verdad; pero no desde su origen: de manera que  
lo único que se puede probar es que los idiomas no han va-  
riado de cierto tiempo acá; pero no otra cosa. Esto se pue-  
de, pues, conciliar con la hipótesis expuesta, discurriendo  
que las lenguas en su origen, pudieron tener un estado em-  
brionario; que después se fijaron; que fijadas son inaltera-  
bles, y que nosotros las hemos conocido ya en su estado de  
fijeza.

Sólo de esta manera se puede explicar el hecho, de que  
pueblos de una misma raza hablen lenguas diversas, no  
obstante la estabilidad que se observa en el sistema de és-  
tas.

Resulta, pues, de todas maneras, que el estudio de las  
lenguas nos lleva á una época ante-histórica, la cual, según  
unos, puede empezar desde Babel, y, según otros, desde  
que las lenguas fijaron sus sistemas: de uno y otro modo se  
conviene en una época remotísima, en que la lingüística  
alcanza más allá de la historia.

Respecto á que la igualdad de lengua prueba la de la ra-  
za y familia, conforme al orden natural, y que sólo causas  
extraordinarias pueden hacer excepción á esta regla, queda  
demostrado por lo dicho sobre la estabilidad que se ob-  
serva en los idiomas, al menos desde que fijan su sistema;  
y así, es claro que aunque una nación se divida en muchas,  
todas conservarán la esencia, la sustancia de su primer len-  
guaje, y, en efecto, lo vemos verificado como por ejemplo,  
en los miembros, en la gran familia de lenguas indo-euro-  
peas.

Sin embargo, puede suceder que una nación de cierta ra-  
za, conquiste á otra que no sea de la misma, y le imponga  
su lengua, en cuyo caso la igualdad de idioma no sería un  
principio legítimo para deducirla de origen. En estos casos  
debe tenerse presente la regla de Balbi: «Cuando dos idio-  
«mas se encuentran, el menos cultivado, el menos literario,  
«se pierde, en parte ó enteramente, pues no es la conquis-  
«ta ni el dominio lo que introduce tal lengua en tal país: ca-  
«si siempre es la superioridad relativa del idioma la que  
«acaba por hacerle dominante, sea que pertenezca al ven-  
«cedor ó al vencido.» Esto explica por qué v. g., el latín do-  
minó en la Galia, y por qué en Egipto los hebreos conser-  
varon su idioma, olvidado después en Babilonia.

Así, pues, aunque lo natural es que la comunidad de len-  
guaje pruebe la de razón, para no incurrir en un error his-  
tórico es más seguro auxiliar la filología con la ciencia de  
Blumenbach, y entonces una y otra, ó confirman la igual-  
dad de las naciones, ó descubren cosas inesperadas para la  
historia, es decir, la fusión de razas diferentes, probada su  
diferencia por la fisiología, y su fusión por la lingüística.

El estudio de las lenguas *mezcladas* también nos descubre  
la reunión de los pueblos, pues en ellas queda marcada la  
señal de las diversas madres que les dieron el ser, resul-  
tando en resumen: que la igualdad de lenguas, por sí sola,  
es una gran probabilidad de la comunidad de origen, por-  
que lo natural, la regla general es que cada pueblo conser-  
ve su lengua; que la igualdad de caracteres físicos además  
de la del idioma, confirma el origen común de las naciones;

que la contrariedad entre la fisiología y la lingüística descubra una fusión inesperada; y que la mezcla de idiomas nos da á conocer cuáles son precisamente las diversas naciones que se juntaron en un mismo lugar.

Tales son los descubrimientos que promete la lingüística, procediendo de la manera que he explicado; tales los progresos que con su ayuda puede hacer una de las ciencias á que es aplicable; con razón dijo un célebre gramático inglés: *languages do not lie*, las lenguas no mienten.

México, Agosto 22 de 1861.

## OTRA VEZ EL NOMBRE DE MÉXICO.

«En el periódico titulado el «Siglo XIX,» apareció una etimología de la palabra México, formada por el Sr. D. José María Cabrera, sobre la cual llamaba la atención de la Sociedad de Geografía y Estadística, por cuyo motivo uno de sus miembros, el Sr. Espinosa, propuso que se nombrase una comisión para examinarla. Casi al mismo tiempo se leyó ante la expresada corporación, otra etimología de la misma voz, por el Sr. Lic. Galicia, pidiendo que la Sociedad diese su opinión sobre ella, y en consecuencia de esto, se nombró una comisión que examinara á la vez las dos etimologías.

La comisión ha creído que el objeto de su encargo es bastante claro; á saber: que diga si esas etimologías le parecen buenas ó malas, exactas ó erróneas; si cree que la Sociedad debe admitirlas ó reprobárlas.

Bajo este supuesto, la comisión ha hecho todas las investigaciones que han estado á su alcance, y ha reflexionado atentamente sobre el particular. El resultado de sus trabajos, ha sido convencerse de que el asunto de que se trata, es uno de aquellos que se presentan á menudo en todas las ciencias, uno de aquellos puntos fundados en razones, más ó menos buenas, en argumentos más ó menos sólidos; pero que sólo producen opiniones probables, no una certeza completa. Como sólo en este último caso, puede una sociedad científica prestar su apoyo á la aserción de un individuo, la comisión ha creído que la sociedad no debe apoyar ni impugnar ninguna de las dos etimologías, sino dejarlas como opiniones de sus autores, las cuales merecen

sin embargo, un justo aprecio por la conocida inteligencia é ilustración de las personas que las han presentado.

En pocas palabras tratará la comisión de exponer las razones que han tenido para pensar de esa manera.

La palabra «México» en ciertos casos, puede considerarse como homónima, es decir, que bajo una misma forma tiene varios significados, como sucede cuando se dice por algunos etimologistas *mexilli* (sin perder ni cambiar ninguna letra) es el nombre del dios de la guerra, ó el de un caudillo, ó el de una yerba que se cría en los alrededores de la capital. En ciertos casos, para atinar con el verdadero significado de una palabra, es preciso apelar á comparaciones relativas, al aspecto físico de los lugares, á sus circunstancias locales, á la historia del pueblo de que se trata; pero en todo esto no hay sino confusión y variedad, no principios fijos. En la historia de un pueblo no existe un solo hecho notable que le haya obligado á inventar un nombre; en las circunstancias locales y físicas de un lugar, hay multitud de cosas que pueden haber llamado la atención de sus fundadores. Así es que México, como dicen algunos, puede tener su origen en la abundancia del maguey *mell*, que abunda en sus cercanías; puede significar fuente ó manantial, como quieren otros, en atención á los lagos sobre que fué fundado, y así puede tener otras muchas interpretaciones.

Si la palabra México no se considera como homónima, sino que sus varios significados penden de las alteraciones que sufra la palabra, conforme á las reglas de la derivación en mexicano, entonces puede consultarse la gramática de este idioma, es cierto, pero no por esto tenemos un punto fijo de donde partir, porque para conocer el verdadero sentido de una palabra, es necesario conocer su ortografía primitiva y nosotros no la conocemos respecto á la voz México, lo cual se prueba suficientemente con la variedad que hay sobre esto entre los autores. Por ejemplo, unos dicen que México debía escribirse *mexicatl*, porque se deriva de *mell*, maguey y *cilli* liebre; otros dicen que es *mexilli* porque se compone de *mell*, maguey, y *xilli* ombligo; otros que no es sino *messico*, porque significa el Mesías. Empero no faltará persona que pueda observar á la comisión que el

que haya variedad de opiniones sobre una materia, no prueba que todas sean erróneas sino que alguna puede ser exacta, y que en consecuencia, á la comisión le toca examinar cuál de las diferentes ortografías de la palabra México es la buena, es la primitiva. A esto contesta la comisión, que tal cosa no se puede hacer sino en las lenguas escritas, porque en esta clase de lenguas por más cambios que haya sufrido una palabra, es posible por medio del examen de los libros formar su historia, consignar las alteraciones materiales ó eufónicas que ha sufrido durante su uso; pero donde la escritura no existe, ¿cómo adivinar la forma primitiva de una voz? así, pues, nadie puede asegurar hoy sin ligereza suma, que la palabra México, tal cual la conocemos, es la misma que usaron los aztecas cuando la inventaron. Si éstos cuando crearon la palabra México hubieran tenido una escritura, no habría cosa más fácil sino recurrir á los escritos de aquella época, y saber la verdadera forma de la voz, como se hace con otros idiomas.

Tratándose de aplicar á los cambios de la palabra *México* las reglas generales de etimología, hay la misma dificultad: que no conocemos, su forma primitiva; pero además existe otra. Se ha observado que los idiomas cambian letras por otras afines como b por p; k por g; etc; pero esta regla tiene sus excepciones; hay casos en que se verifican cambios de letras que no tienen analogía. Por ejemplo, en español tenemos la *f* convertida en *h*, como de *folia*, hoja; de *fato* *hato*; la *l* muda en *j* como de *alio* *ajo*; de *cuniculo* *conejo*; de *speculo* *espejo*. Estos ejemplos, y otros muchos, han permitido que los autores de obras sobre etimología, hayan establecido ciertas reglas particulares para ciertos idiomas, que generalmente han sido los hindo-europeos; pero lo que pasa con estos ¿será una regla para los idiomas mexicanos? Nadie puede creerlo.

En fin, si no se considera que sea necesario tomar por punto de partida, en la análisis de una palabra, su forma primera; si no se han de seguir reglas para averiguar su alteración, entonces la falta de principios es más completa, menos puede esperarse que nos fijemos en una base sólida, porque como dice el vulgo y dice muy bien: «quitando y poniendo letras todas las palabras son iguales.» La comisión

podría presentar muchos resultados ridículos sacados por los etimologistas que han caminado á su arbitrio, pero se contentará con recordar la conocida etimología de menaje que hizo descender á *alfama* de *equus*.

Resumiendo todo lo dicho, resulta que ni en la historia de México, ni en las circunstancias físicas y locales de la ciudad, ni en las observaciones, á desprecio de las reglas etimológicas, hay un dato cierto que pueda guiar á la Sociedad para aprobar ó reprobar las etimologías que nos ocupan, y ni aun tenemos á nuestra disposición otro medio, que de conocerle todo lo supliría, y es el de comparar las varias etimologías que hay de la palabra México con el signo jeroglífico de esta ciudad, pues es claro que la etimología que se conformara con el jeroglífico, sería la verdadera. Desgraciadamente ese medio de comprobación nos falta, porque hasta hoy no se conoce el signo de la capital del imperio azteca.

Por lo tanto, el dictamen de la comisión se reduce á lo que ha dicho desde el principio: «que la Sociedad no debe apoyar ni impugnar ninguna de las dos etimologías que se le han presentado, sino que debe dejarla como opinión de sus autores, tributándoles, sí, el justo aprecio que merecen sus trabajos.

México, Febrero de 1862.—José Guadalupe Romero.—Francisco Pimentel.

## HISTORIA Y APLICACIONES DE LA FILOLOGÍA.

INTRODUCCIÓN  
DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL CUADRO DESCRIPTIVO Y COMPARATIVO  
DE LAS LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO.

Una de las ciencias que más han llamado la atención de los sabios de Europa en los últimos tiempos, principalmente de los profundos y estudiosos alemanes, es la *lingüística*, conocida también por los nombres de *Filología comparativa* ó *ethnográfica*, ó simplemente *ethnografía*, aunque este último no cuadra bien con su objeto, hablando con todo el rigor etimológico. Está dividida en dos partes, esencialmente distintas, el conocimiento práctico de las lenguas, y su estudio comparativo.

Como otras muchas ciencias, comenzó la lingüística por dedicarse á indagaciones estériles, y usar métodos falsos: quiso edificar antes de tener materiales.

Buscar la lengua primitiva, la que debía contener el germen de todas las demás; he aquí el objeto de los primeros lingüistas. Su medio de comprobación fué la etimología: pero no una etimología juiciosa y fundada, como realmente existe; no la comparación de las palabras, sino la suposición de que en tal voz existía el sentido de tal otra. Por ejemplo: Goropio Becano, en 1569, quiso probar que la lengua del paraíso había sido el flamenco, y para ello se valió de etimologías como las dos siguientes: *Adam* es una palabra compuesta de *hat*, odio, y *dam*, dique; porque era un dique opuesto al odio de la serpiente. *Eva* se compone de *e*, juramento, y *vat*, tina; porque era el receptáculo de la promesa